

Instituto de Investigaciones Gino Germani

VII Jornadas de Jóvenes Investigadores

6, 7 y 8 de noviembre de 2013

Pedro Giordano

IIGG-FSOC-UBA

pedrogiordano83@yahoo.com.ar

Eje 9 “Teorías. Epistemologías. Metodologías”

Matizando dualismos: análisis comparativo del estructural-funcionalismo y la sociología de las ocasiones

Introducción

Al ser una ciencia moderna, Wallerstein señala al nacimiento de la sociología como un intento de dar respuesta a los problemas que surgen en una de las tres esferas sociales que para la ideología liberal definen a la modernidad: la sociedad civil. Las otras dos esferas son el mercado, a cuyo estudio se dedica la economía, y el estado, de quien se encarga la ciencia política. Estas tres disciplinas, junto a la historia, la antropología y los estudios orientales, forman el cuerpo principal de las ciencias sociales, quienes logran institucionalizarse a fines del siglo XIX y terminan de configurar el mapa trimodal del saber - junto a las ciencias naturales y las humanidades- en el cual se organiza la universidad moderna (Wallerstein, 1996; 1998).

En esta diferenciación, las ciencias sociales son las encargadas del estudio de la realidad social, y específicamente la sociología, de una parte de ella: la sociedad civil. Posada la mirada sobre la particularidad de la cultura sociológica, nos dice que se encuentra conformada por un conjunto de premisas compartidas. Dichas premisas son presentadas en forma de tres axiomas, correspondientes cada uno a uno de los padres fundadores de la disciplina: Durkheim, Marx y Weber:

El primero de ellos señala la existencia de grupos sociales con estructuras explicables y racionales (Durkheim); el segundo indica que los grupos sociales contienen subgrupos que debido a sus diferentes jerarquías entran en conflicto entre sí (Marx); y, el último explica que a pesar del conflicto se mantiene el orden porque los subgrupos de menor poder le conceden legitimidad a la estructura de autoridad (Weber) (Wallerstein, 1998).

Por más que la incuestionabilidad de estos principios sea discutida, se puede identificar a la etapa de consolidación de estos autores clásicos como el momento fundacional de la disciplina (Wallerstein, 1998; Giddens, 1999; Alexander, 1989). Posteriormente, con la emergencia del estructural-funcionalismo se inicia un período sin precedentes, ya que el modelo parsoniano hegemoniza al pensamiento sociológico (principalmente en los Estados Unidos), durante las décadas del cuarenta y del cincuenta; ya sea de manera directa –con sus producciones- o mediante sus discípulos, quienes se distribuyen a lo largo de dicho país acaparando los principales puestos de enseñanza, publicación e investigación (Ritzer, 1997).

A principios de los sesenta, los ataques provenientes desde varias producciones intelectuales y diversas escuelas de pensamiento, minaron el predominio estructural-funcionalista culminando así con su etapa hegemónica. En este intento por señalar algunas líneas evolutivas del pensamiento sociológico, el momento que le sigue y que se extiende a la actualidad, es visto por algunos autores como el de la emergencia de múltiples paradigmas que luchan por captar la especificidad de la época (Ritzer, 1997). Estas nuevas voces se caracterizan por efectuar una crítica, no sólo al modelo parsoniano, también al patrimonio conceptual de las ciencias sociales, que según ellas se encuentra en un proceso de evidente decadencia por el hecho de que las nociones clásicas (modernidad, orden social, Estado-Nación, frontera, socialización, institucionalización, cambio y dominación) ya no sirven para dar cuenta de las transformaciones contemporáneas (Aronson, 2010).

Otros, se enfrentan a este imaginario según el cual una vez caído el estructural-funcionalismo ya no existen más paradigmas que guíen al pensamiento social, al dictaminar que a partir de los consensos sobre epistemología, teoría y visión política del mundo compartidos por la Teoría Social Contemporánea –conformada por los cuerpos teóricos de Giddens, Bourdieu y Habermas-, es posible determinarla como el paradigma que hoy en día hegemoniza la sociología (Belvedere, 2012). Según Belvedere, el tema principal que unifica a estas tres posturas analíticas es el diagnóstico que informa sobre el dualismo que caracteriza al estado actual de las ciencias sociales. Frente a éste, la propuesta de la Teoría Social Contemporánea se descompone en dos momentos: uno crítico, que avisa que dicho dualismo se ha convertido en un obstáculo para la correcta comprensión de lo social; y uno propositivo, desde el cual, las distintas síntesis integradoras que nos presenta cada autor, permitirían superar las antinomias ficticias y así poder avanzar con la construcción de conocimiento científico.

Se esté de acuerdo o no con alguna de estas posturas, ambas hacen hincapié que en la actualidad el campo de la sociología se encuentra dividido por la pertenencia a una de las

patas del dualismo (objetivismo / subjetivismo, acción / estructura, individuo / sociedad). A modo de echar luz sobre esta cuestión, en este ensayo se busca poner en diálogo los pensamientos de dos de los autores principales de la sociología estadounidense de mediados de siglo: el primero -ya presentado- es Talcott Parsons quien, una vez desalojado de esa posición de privilegio que inhabilitaba su cuestionamiento, fue fuertemente cuestionado y encasillado en las corrientes objetivistas. El segundo es Erving Goffman, uno de los pensadores más influyentes del interaccionismo simbólico, hoy en día ubicado del lado de los modelos subjetivistas (Giddens, 1999; Ritzer, 1997).

El objetivo de este trabajo consiste en comparar estas posturas utilizando como ejes los conceptos de acción, interacción y normas sociales; para ver si la clasificación que actualmente se hace de sus construcciones analíticas es tan clara como aducen sus clasificadores. A fin de cuentas, se busca ver si la distancia con que se presenta a ambas teorías es realmente tan abismal.

1. Marco de referencia y Teoría General de la Acción

Talcott Parsons era profesor ayudante de economía en Harvard cuando Pitirim Sorokin le propuso participar como lector del departamento de sociología de esa universidad. Desde ese momento su influencia intelectual comienza una vertiginosa curva ascendente –quizás la más grande que se haya visto en la historia de la disciplina- y para principios de los años cuarenta se convierte en la principal figura de la sociología estadounidense y en uno de los mayores referentes a nivel mundial.

En 1937 Parsons presenta su primer gran obra, *La Estructura de la acción social* (1968), donde sienta las bases de su proyecto intelectual: construir el marco referencia que le permita a la sociología salir del estado de inmadurez en el que se encuentra en comparación al resto de las ciencias -especialmente con las ciencias naturales-. En este libro, dicho marco es elaborado a partir de los lineamientos teóricos de cuatro autores – Alfred Marshall, Vilfredo Pareto, Émile Durkheim y Max Weber- que en su opinión compartían el mismo enfoque para analizar *lo-social*. En esta propuesta integradora, en busca de una teoría general, su objetivo consiste en encontrar la unidad más pequeña de un sistema de acción, a la cual nombra *acto-unidad*. Al descomponer el *acto-unidad* nos encontramos con dos componentes: uno subjetivo -el actor- y uno objetivo -la situación-. Toda situación se encuentra formada por aquello que el actor no puede cambiar -las condiciones- y lo que sí puede -los medios-; a su vez, el actor

se encuentra compuesto por fines, seleccionados según valores, y normas que le vienen desde afuera (desde la sociedad) y que son internalizadas a través del proceso de socialización. A este proyecto lo nombra *esquema voluntarista de la acción* y con él busca integrar las posturas subjetivistas y objetivistas.

En 1951, en *El sistema social* (1966), nuestro autor exhibe su segundo modelo teórico, donde aparecen significativas variantes en comparación con el primero. Se trata del modelo tri-sistémico, que a diferencia del anterior que explica la sociedad desde la acción, ahora lo que trata de explicar es la acción. Nos dice que toda *acción* es resultado de la interacción de tres sistemas: el de la personalidad, el de la sociedad y el de la cultura. El primero se encuentra compuesto por factores subjetivos -motivos, intereses, deseos -, el segundo por factores normativos -reglas, roles, instituciones- y el tercero por factores simbólicos - ideas, representaciones, pautas culturales-. Si bien toda acción es producto de la articulación de estos sistemas, el cultural ocupa una posición de jerarquía con respecto a los otros, ya que es el dador de sentido. El sistema cultural comunica sus símbolos a los sistemas de personalidad por medio del sistema sociedad. En otras palabras, a través de los procesos de socialización e institucionalización, las personalidades adquieren status y roles que orientan su acción. De esta manera, la cultura ordena los motivos personales.

A partir de 1953 Parsons inicia una serie de investigaciones cuyo resultado culmina en una nueva transformación de su modelo explicativo. Incorpora un cuarto sistema -el organismo conductual- y adhiere a su marco teórico aportes provenientes de la biología y de la cibernética. Este es el período al que estrictamente se lo llama estructural-funcionalista y se caracteriza en que finalmente define los componentes de la acción: hay acción si se cumplen cuatro funciones: adaptación, logro de metas, integración y mantenimiento de pautas¹. Desde ahora, su intención se centra en precisar qué es la sociedad, razón por la cual su nuevo punto de partida es la *interacción*; concepto que abre el camino a la aparición del problema de la doble contingencia. Éste refiere a que cuando un sujeto trata de conocer el futuro comportamiento de un objeto -es decir, afrontar su contingencia-, lo estudia hasta conocer sus propiedades y deducir su posible proceder; pero, cuando un sujeto se enfrenta a otro sujeto - un ego a un alter-, nos enfrentamos a una distinta ecuación: al considerar impenetrables² a los sistemas de personalidad, nunca podremos conocer la actitud que puede llegar a tomar alter; y viceversa, él nunca puede conocer la futura acción de ego. Éste es el problema de la doble

¹ Este momento también es conocido como el del esquema AGIL, dado que si se utilizan las iniciales de las cuatro funciones se forma la palabra AGIL (Adaptation, Goal attainment, Integration y Latency).

² Aquí Parsons toma el concepto de la psicología y los nombra cajas negras -*black boxes*-.

contingencia, cuya interpretación abre paso al siguiente interrogante: ¿Cómo es posible el orden social?

Antes de ver como Parsons presenta su solución, es necesario realizar la siguiente aclaración: según su interpretación, la sociedad no está compuesta por individuos; sus componentes surgen de la interpenetración entre el sistema social y el sistema de la personalidad –son los roles que desempeñan los actores- (Chernilo, 1999).

Hecha esta salvedad, tratemos de resolver la cuestión pendiente: el sociólogo estadounidense nos dice que “la acción consiste en las estructuras y los procesos por medio de los que los seres humanos constituyen intenciones significativas y con mayor o menor éxito, las aplican en situaciones concretas” (Parsons, 1966:15). Aquí, significativo refiere al carácter simbólico que tienen todas las intenciones relativas al actor. Entonces, todo sistema de acción se compone por cuatro subsistemas (aplica el esquema AGIL) que cumplen cuatro funciones necesarias para su mantenimiento:

El *subsistema cultural*, cuya función primaria es el mantenimiento de patrones -y su cambio creativo-; se ordena en torno a las características de complejos de significados simbólicos; su misión es la de proporcionar esquemas de acción con un anclaje estructural muy estable; y, su caso paradigmático es el lenguaje.

El *subsistema organismo conductual*, es el encargado de cumplir la función de la adaptación; es el último sistema que incluye Parsons, y lo hace para dar cuenta de las características físicas y biológicas del ser humano.

El *subsistema de la personalidad*, es la agencia primordial de los sistemas de acción y su función consiste en el logro de metas. Nuevamente, vale la aclaración que aquí no se trata de individuos sino de sistemas conductuales estructurados independientemente.

Por último, el *subsistema social* está conformado por las interacciones sociales y la función que cumple es la integración. Para conocer las propiedades específicas de la interacción es necesario introducir a un tipo particular de sistema social: la sociedad, quien se distingue del resto de los subsistemas dada su capacidad de alcanzar un nivel más elevado de autosuficiencia. Toda sociedad se encuentra compuesta por cuatro componentes independientemente variables (nuevamente, le aplica el esquema AGIL):

- los *valores*, encargados de orientar la aceptación de compromisos por parte de las comunidades sociales; cumplen con la función de conservar los patrones de sistema social.

- las *normas* que llevan adelante la misión de lograr la integración de los sistemas sociales; contienen componentes valorativos y orientan las acciones.

- las *colectividades*, quienes desempeñan la función estructural de alcanzar metas. Hablamos de colectividades cuando se cumplen dos requisitos: hay reglas definidas de pertenencia, es decir que se puede distinguir fácilmente entre miembros y no miembros; y cuando entre los miembros existen diferencias de estatus y roles, o sea que cada uno cumple tareas específicas.

- los *papeles*, son el componente estructural con supremacía en la función de la adaptación. Definen las expectativas individuales dentro de una colectividad. Lo que es importante remarcar es que aquí tampoco aparece el individuo sino su participación de rol en los límites que afectan su personalidad.

En resumen, habíamos preguntado como Parsons soluciona el problema de la existencia de orden en las sociedades (él lo denomina problema hobbsiano del orden). Si bien a lo largo de su carrera intelectual su modelo interpretativo fue variando y muchas veces las nuevas conclusiones contradecían las anteriores, es posible señalar dos objetivos que lo acompañan en toda su aventura: construir el marco de referencia de la sociología y elaborar la teoría general de la acción. Dada la complementariedad de ambos, se puede decir que el esquema AGIL presenta la solución más acabada a estos temas: toda acción se descompone en cuatro funciones; por ello, para conocer al sistema de acción que más le preocupa –la sociedad-, debe ver el lugar que ocupa dentro del modelo. La sociedad cumple la función de lograr la interacción, entonces, nuevamente aplica el modelo a éste subsistema y señala que la sociedad se encuentra formada por el conjunto de interacciones. Para lograr el mantenimiento del orden de las interacciones, los sistemas de personalidad una vez que atraviesan los procesos de socialización e institucionalización, adquieren *papeles* que son desempeñados en *colectividades*; las cuales, a su vez, se integran entre sí gracias al conjunto de *normas* que se llenan de contenido gracias a los *valores*.

2. Sociología de las ocasiones

Erving Goffman se doctora en sociología en la Universidad de Chicago en 1953. Esta mención no es un dato menor, ya que ésta pertenencia institucional marca sus futuros desarrollos analíticos. En 1892, Albion Small³ funda el departamento de sociología de la

³ Figura fundamental para lograr la institucionalización de la sociología en los Estados Unidos, ya que, además de la universidad, en 1894 colaboró en la redacción del primer manual de la disciplina, en 1895 fundó la la

Universidad de Chicago. Hasta los años veinte, los aportes de la escuela no logran mayor repercusión, pero desde ese momento empieza su apogeo, principalmente gracias a la figura del filósofo George Mead. Años después, Herbert Blumer, alumno de Mead, denomina al enfoque de su maestro “interaccionismo simbólico” y convierte a la Universidad de Chicago en el principal bastión de su enseñanza e investigación. Goffman fue alumno de Blumer y junto a él crea, en la Universidad de Berkeley (a mediados de los cincuenta), un centro orientado al estudio y el desarrollo de investigaciones cuyo marco teórico era el interaccionismo simbólico⁴.

Bajo la categoría *sociología de las ocasiones*, Goffman encuadra al conjunto de sus investigaciones. Su interés consiste en esclarecer los límites analíticos del campo que se encarga del estudio de las interacciones cara a cara en escenarios naturales; lo que, en sus palabras significa que su objeto de estudio son la “clase de sucesos que se producen durante la co-presencia y en virtud de ella” (Goffman, 1970: 11). El método para abordarlo consiste en el examen sistemático y cualitativo de los materiales conductuales, es decir, las miradas, los gestos, las posturas, las afirmaciones verbales; sin importar que su autor tenga intención o no de hacerlas⁵. El instrumento que utiliza es la etnografía científica, orientada a identificar las pautas y secuencias naturales de las conductas que se generan en los encuentros entre personas.

Para su creador, la sociología de las ocasiones reclama derecho propio y debe diferenciarse de otras áreas de investigación, como ser aquellas que se encargan de las relaciones sociales, los pequeños grupos, los sistemas de comunicación; así como también de los estudios psicológicos, ya que considera que la naturaleza humana se construye a base de reglas morales que se le imponen al individuo desde fuera, desde la sociedad. Por ello, entre sus objetivos destacan los de describir las formas de la interacción -entendida como el encuentro espacial y temporal de participantes autoregulados-, y de dar cuenta del orden normativo que emana de ella. A fin de cuentas, su tema central es la organización social; pero, en una de sus manifestaciones: las pequeñas conductas, las circunstancias, los encuentros, en fin: las

revista *American Journal of Sociology* y en 1905 fue uno de los miembros fundadores de la *American Sociological Society*.

⁴ Si bien se considera a Goffman una de las figuras fundamentales del interaccionismo simbólico, las variante que propone a este enfoque y, sobretudo, sus obras finales, vinculadas a análisis de corte estructural (Goffman, 1974), hace que algunos autores pongan un manto de duda en esta identificación (Ritzer, 1997).

⁵ En este punto se diferencia de la interpretación intencional de la acción weberiana, apuntada como iniciadora de las teorías subjetivistas (Giddens, 1999).

ocasiones, aquellas entidades móviles e inestables que se inician cuando las personas se reúnen y terminan cuando se van.

En *La Presentación de la persona en la vida cotidiana* (1974), señala que en todo encuentro entre personas se busca obtener información sobre los participantes con el fin de aumentar el control de la situación. Cuanto mayor sea el conocimiento, mayor es la capacidad de prever la manera en que él/los otro/otros pueda/puedan llegar a actuar. Algunos aspectos pueden aparecer a simple vista, para otros es necesario apelar a las experiencias previas. Goffman denomina actividad significativa a este tipo de expresividad del individuo que busca conocer y la divide en dos: la primera es la expresión que el individuo da, y hace referencia a los símbolos -principalmente a los verbales- utilizados para transmitir información; es decir, el sentido tradicional de comunicación. La segunda, es la expresión que emana del individuo e incluye aquellas acciones sintomáticas que realiza el actor. Ésta última -no verbal, involuntaria- es la que despierta mayor interés sociológico para él; la denomina acción teatral o dramática y la define como técnicas que utiliza el individuo cuando presenta su actividad a otros, a fin de controlar la situación y superar las contingencias. Es en la interacción dramática donde se produce el yo, por eso es tan importante controlar la escena y la audiencia (Goffman, 1974: 27). En este encuentro, ego lleva adelante una *actuación* con la cual busca influir en alter. En el caso de que esta actuación se repita en otras ocasiones, toma la forma de *papel*.

Ahora bien, resulta interesante ver que pese a partir de la interacción, Goffman puede terminar su análisis en conceptos que suelen asociarse a marcos teóricos más estructurales como ser el de *rol social*. Al definirlo como la promulgación de derechos y deberes atribuidos a un estatus, un rol se constituye por el desempeño de papeles en diferentes situaciones ante iguales o similares a audiencias.

De esta manera, el punto de vista dramático constituye para su autor una perspectiva más que se suma al resto de los tradicionales establecimientos sociales: el técnico -sistema de actividad institucionalmente organizado para la consecución de objetivos-, el político -acciones de poder entre participantes-, el estructural -división de estatus- y el cultural -valores morales que influyen sobre las actividades-.

Así como Goffman asimila la interacción con la acción dramática, también realiza ese ejercicio con la acción ceremonial. Para desarrollar esta faceta, retoma los análisis del último Durkheim, el de *Las formas elementales de la vida religiosa*, donde señala que en la

personalidad de los individuos se encuentran firmes rastros de la colectividad. De allí que llega a homologar a la interacción con una forma de ritual; que si bien se produce en un mundo secular, conserva el carácter sagrado de los símbolos y sus participantes suelen tomar la forma deidades.

Goffman nos presenta algunos análisis de los elementos rituales, por ejemplo cuando se ocupa del trabajo de la cara. Nos dice que en este mundo de encuentros cara a cara, los participantes siguen una *línea* al adoptar un esquema de actos que expresan su visión acerca de los distintos componentes que participan en una ocasión: el otro, el sí mismo y la situación. Se denomina *cara* al valor social positivo que ego reclama para sí por medio de su línea. En otras palabras, la cara es la imagen social que una persona presenta frente a la audiencia. Cabe aclarar que tanto la propia cara como la de los demás, así como también la situación, son construcciones sociales que se crean y recrean en la acción y donde entran en juego otros factores, como ser las reglas intragrupo y las normas sociales. Por ello, una cara puede mantenerse -estar en cara-, puede representar algo que no es -estar en una cara equivocada- o puede cometer una acción que no corresponda con su imagen -perder la cara-. En todo caso, el actor siempre busca mantener el equilibrio que le permita conservar su cara -estar en cara-; en caso de no lograrlo y cometer una acción que no corresponda a la imagen que quiere dar -perder la cara- puede apelar a mecanismos para volver al estado anterior -salvar la cara-.

Su tesis es que los factores intervinientes en toda interacción tienen carácter sagrado (en sociedades seculares) y toman la forma de rituales dada la gran cantidad de componentes simbólicos de los que se echa mano para ganarse el respeto de los otros.

Por último, nuestro autor nos presenta una tercer analogía al emparentar la interacción con un juego: el sí mismo es un jugador que participa en un juego porque debe mover bien sus fichas para lograr sus objetivos -a corto y largo plazo- y que debe enfrentarse a diferentes contrincantes que por distintos medios también buscan dominar la partida.

Si hasta el momento nos hemos ocupado del actor y de la interacción, ahora es momento de indagar sobre su trasfondo, su superficie: las reglas de conducta. La sociología de las ocasiones las considera la fuente de la regularidad, ya que su especificidad es la de ser guías para la acción. Se manifiestan de dos formas: de carácter directo aparecen como obligaciones que establecen la manera en que el individuo debe comunicarse moralmente; indirectamente, funcionan como expectativas, es decir adelantos que hace uno sobre el comportamiento del

otro. Si se las observa detenidamente se puede apreciar que son dos caras de una misma moneda, ya que lo que para uno es una obligación, se vuelve objeto de expectativa para el otro.

Dado que estas reglas son interiorizadas por la persona, adquieren propiedades dobles al presentárseles como un querer y un deber ser; situación que hace imposible para uno determinar cuál es la fuente de su acción. Además, al mezclarse con el quehacer diario, resulta imperceptible interpretar su carácter restrictivo, excepto cuando se presentan como una traba para el cumplimiento de objetivos próximos. Otra forma en que se hace visible su poder coercitivo es cuando se las viola, dado que inmediatamente aparece la sanción. Al tener el carácter doble de ser obligación y expectativa, la sanción también se bifurca en el actor -quien no cumplió su obligación- y el destinatario -que no confirmó la expectativa-.

Hay una distinción que a Goffman le llama poderosamente la atención: aquella que separa las reglas sustantivas de la ceremoniales. Las primeras, hacen referencia a la orientación de la conducta por asuntos que tienen derecho propio; el código que las gobierna es la legislación, la moral y la ética. Las segundas en cambio, son las reglas cuya importancia radica en ser medios convencionalizados de comunicación por los cuales el actor expresa su carácter hacia el resto de los participantes; y, su código específico es la etiqueta.

Ambas forman parte de toda relación social, la sociología de las ocasiones consecuentemente a sus objetivos se ocupa del estudio de las reglas ceremoniales. Nos dice que éstas tienen dos componentes básicos: la deferencia y el proceder. Comencemos entonces con el análisis de las propiedades distintivas de la primera de ellas: “entiendo por deferencia al componente de la actividad que funciona como medio simbólico por el cual se transmite generalmente una apreciación a un destinatario de ese destinatario, o de algo de lo cual ese destinatario es tomado como símbolo, extensión o agente (Goffman, 1970: 56). La deferencia es un marco de devoción que da cuenta de las manifestaciones del actor hacia su destinatario, se trata de los saludos, los gestos, las actitudes y dado su carácter simbólico toma la forma de ritual. De fondo, la deferencia objetiviza el respeto que se tienen los participantes de una interacción. Específicamente, se organiza en dos grandes grupos: los rituales de evitación -cuando ego toma distancia de alter- y los rituales de presentación -cuando ego se acerca a alter para iniciar una relación-.

Con respecto al segundo componente, el proceder, Goffman lo define como “ el elemento de la conducta ceremonial del individuo que en general se demuestra por medio del porte, la

vestimenta y las maneras, que sirven para expresar a quienes se encuentran en su presencia inmediata que es una persona con ciertas cualidades deseables e indeseables” (Goffman, 1970: 73). Aquí aparecen las actitudes que el individuo adquirió durante educación y su proceso de socialización, sumadas a su voluntad de pertenecer a ciertos grupos. Sin embargo, el proceder no se refiere a intenciones individuales sino a las interpretaciones que hacen los otros sobre el yo mismo.

Para concluir es necesario destacar el carácter complementario existente entre ambos componentes de las reglas ceremoniales; si bien muchas veces se superponen y sus diferencias lejos se encuentran de ser nítidas, analíticamente son dos elementos diferentes.

3. Conclusiones

Partimos del intento de presentar algunos aspectos de las obras de Parsons y Goffman para analizar la distancia existente entre sus puntos de vista a la hora de analizar *lo-social*, focalizando en sus interpretaciones sobre la acción, la interacción y las normas.

En primer lugar cabe señalar que en el inicio del proyecto parsoniano se destaca la voluntad de superar el dualismo sujeto-objeto mediante la construcción de un marco de referencia que logre integrar ambos. Si aceptamos la conclusión de Dubet cuando dice que “a fin de cuentas, la teoría parsoniana de la acción, que se inicia con un estilo weberiano, se presenta en la culminación con un estilo más bien durkheimiano” (Dubet, 2010: 31), podríamos afirmar que su intento fracasó. Si bien es cierto que en 1937, Parsons entiende la sociedad desde una teoría voluntarista de la acción (a lo Weber) y a partir de 1951 sus variables cambian de posición y lo que busca es explicar la acción a partir de la sociedad (a lo Durkheim); las continuas reformulaciones y la incorporación de modelos analíticos y conceptos provenientes de diversas ciencias, hacen de su teoría un *corpus* conceptual con una cantidad de elementos y relaciones entre ellos tan compleja que, como mínimo, merece la pena ser abordada en su totalidad antes de clasificarla como una postura objetivista que omite las problematizaciones de corte subjetivo.

En el caso de Goffman su intento de recuperar al individuo, a la acción y las interacciones cara a cara en pleno auge estructural-funcionalista hizo que, una vez caído este paradigma, se lo reconozca como uno de los principales representantes de las corrientes subjetivistas. Sin

embargo, dentro de éstas existen distintas escalas⁶; por ejemplo, que Goffman sea un fiel representante del interaccionismo simbólico es toda una discusión (Ritzer, 1997). También, hay que recordar que sus últimos desarrollos teóricos apuntaron a análisis de corte estructural (Goffman, 1974), hecho que, si se tiene en cuenta el punto de vista del dualismo, lo arrojaría hacia la vereda opuesta.

Lo que las carreras intelectuales de los autores demuestra es que ellos mismos no consideraban que la diferencia entre ambas posturas que suelen presentarse como irreconciliables sea tan nítida; y que el optar por el desarrollo de modelos centrados en una de ellas, no impedía el posterior desarrollo de la otra.

Otro punto en común es que ambos se reconocen como sociólogos y de allí se desprenden el resto de las similitudes. Esta pertenencia les hace compartir un mismo telón de fondo: las normas sociales. Claro que la manera de aproximarse a ellas es diferente: mientras Parsons se dispone a encontrar su origen y ver su influencia en el resto de los componentes de la acción; Goffman las considera un dato, un punto de partida para analizar su verdadero objeto de estudio, que son las relaciones de interacción que se dan entre personas cara a cara.

Estas diferentes estrategias hacen que sus observaciones sobre *lo-social* tomen distancia. A la hora de marcar diferencias resulta clave un concepto elaborado por Goffman, el de matización. Nos dice que su teoría presenta dos tipos de matizaciones, la frecuencia y la distribución. Estas nociones son utilizadas para señalar que su objetivo no consiste en realizar generalizaciones absolutas que puedan ser aplicadas en todo momento y lugar. Al estudiar las interacciones busca describirlas en un tiempo y espacio indicado, intentando arrancar de ellas datos objetivos que puedan ser utilizados para investigar situaciones similares; pero, teniendo en cuenta que cada ocasión es distinta al resto y presenta elementos propios, imposibles de deducir de modelos ya elaborados.

En este punto, el contraste con Parsons es significativo, dada su intención de construir el marco de referencia de la sociología que establezca los límites de la disciplina y del cual se puedan nutrir el resto de las investigaciones, sean de carácter analítico o empírico. También se puede utilizar como ejemplificación su teoría de la evolución, la cual trata de establecer las líneas evolutivas de la sociedad moderna, que si bien en un principio sólo se refiere a algunos países de occidente, la extensión de sus características estructurales al resto del mundo culmina con la conformación de sociedades similares, y por ello comparables.

⁶ La etnometología y la fenomenología, sólo para citar algunos casos.

Por último y para dar crédito a aquellos que han clasificado a ambos autores como representantes de corrientes opuestas, es válido decir que el modelo parsoniano presenta un fuerte componente teórico, mientras que el de Goffman se encuentra más vinculado a la práctica. En Parsons los conceptos son deducciones que se derivan de su teoría general de la acción, por ello a la hora de analizar las sociedades, es el esquema AGIL quien guía los criterios que necesitan ser descriptos. En cambio, Goffman se sirve de las observaciones que realiza de las interacciones del grupo que se dedica a estudiar y en base a ellas elabora sus categorías teóricas.

Bibliografía

- CHERNILO, D. (1999): “Integración y diferenciación. La teoría de los medios simbólicamente generalizados como programa progresivo de investigación”, en *Cinta de Moebio, Revista Electrónica de Epistemología de Ciencias Sociales* N° 6.
- DUBET, F. (2010): *Sociología de la experiencia*. Editorial Complutense, Madrid.
- GIDDENS, A. (1999). “1. Hermenéutica y teoría social”, en: Perla Aronson y Horacio Conrado (comps.), *La teoría social de Anthony Giddens*, Buenos Aires, Eudeba, pp. 75-97.
- GOFFMAN, E. (1970): *Ritual de la interacción*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.
- GOFFMAN, E. (1974): *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu.
- GOFFMAN, E. (1979): *Relaciones en público. Macroestudios del orden público*, Madrid, Alianza.
- GOFFMAN, E. (1989): *Estigma. La identidad deteriorada*, Buenos Aires, Amorrortu.
- GOFFMAN, E. (1974): *Frame analysis: An essay on the organization of experience*. London: Harper and Row.
- PARSONS, T. (1966): “El sistema social”.: *Revista de Occidente*, Madrid.
- PARSONS, T. (1966): *Estructura y proceso en las sociedades modernas*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos
- PARSONS, T. (1968): *La estructura de la acción social. 1 : Estudio de teoría social, con referencia a un grupo de recientes escritores europeos*. Guadarrama, Madrid.
- PARSONS, T. (1974): *El sistema de las sociedades modernas..: Trillas México*, D.F
- RITZER, G. (1997). *Teoría sociológica contemporánea*, McGraw-Hill, México.
- WALLERSTEIN, I. (1998). *Impensar las ciencias sociales*, Buenos Aires: Siglo XXI.

WALLERSTEIN, I. (2002). *Conocer el mundo, saber el mundo. El fin de lo aprendido, una ciencia social para el siglo XXI*, Buenos Aires: Siglo XXI.

WALLERSTEIN, I. (2005a). *Las incertidumbres del saber*, Barcelona: Editorial Gedisa.